

El jardincillo

I

¿Qué quería decirme?

La agitación, en aumento, no dejaba lugar a las palabras, que deberfan ser bien ásperas, a juzgar por las miradas y por los gestos con que, tosiendo, se las ingeniaba para que yo lo comprendiese.

—¿El criado?—le pregunté, buscando, angustiado, una interpretación.

Me indicó que sí, con la cabeza, repetidas veces, con cólera; después, con la mano temblorosa, me hizo más gestos.

—¿Lo despido?

—Sí, sí, sí, me indicó con la cabeza otra vez.

Aun cuando la indignación, de que parecía estar presa el pobre enfermo, se me transmitiera a mí también (ante la idea de que aquel bellaco se hubiese aprovechado de los breves momentos en

que durante el día, me veía obligado a alejarme), me quedé perplejo. Venía precisamente, a decirle que, en adelante, no podría velarle y cuidarle, como en los primeros días de la enfermedad. Si despedía al criado, ¿cómo podría permanecer sólo en la casa?

Sobre los sentimientos de afecto y de fidelidad de aquel criado, había concebido también yo graves sospechas; tanto, que en el caso de tener que privar de mi asistencia al pobre viejo, se me había ocurrido inducirlo a que se acogiera a un hospital, o casa de salud. Me pareció aquel el momento propicio para hacerle la proposición.

El abuelo Bauer (le llamaba así desde que yo era un chiquillo) me miró con desencajados ojos, luego lanzó en derredor una lenta mirada a la habitación, cuyo viejo ajuar le era tan querido como su propio sér, y desde el sillón de cuero, en que se hallaba hundido, volvió al fin los ojos hacia la ventana, sin responderme.

Había allí un jardinito. Pertenecía a los inquilinos del segundo piso; mas quien realmente lo disfrutaba era él, el abuelo Bauer, que, desde aquella ventana baja podía hablar cómodamente con el jardinero, sin contar con que, las ramas de un almendro, que parecía ahora todo él florido de mariposas, casi se le entraban en la habitación para anunciarle la primavera inminente.

Advertí que dos lágrimas destilaban los depilados ojos hundidos de mi querido viejecillo;

dos lagrimones que le corrían por las mejillas de cera.

—¿No le agradaría, verdad?—me apresuré a decirle, compadecido.

Negó con la cabeza, sin mirarme, casi avergonzado, mientras la emoción le agitaba los labios.

—¿No? Pues, bien; quiere decirse que se arreglará de otra manera. Mientras tanto usted no se aflija...

El pobre viejo alzó hacia mí los ojos lacrimosos para darme gracias, y una ligera sonrisa, casi pueril, le rozó los labios que, enseguida, se contrajeron, como en una mueca. ¡Tanta ternura había sentido en aquel momento por sí mismo! ¡Pobre abuelo Bauer! Se moría, o mejor, se apagaba allí poco a poco, solo; y tras una larga vida, llena de escaseces y fatigas, verse privado, ahora, de aquellos objetos familiares, testigos de la tranquilidad conquistada al fin, habíale parecido una verdadera crueldad.

II

Había nacido en Italia, de padres alsacianos; y, desde jovencito, estuvo con mi abuelo y después con mi padre en el modesto puesto de escribiente.

Tras nuestro revés financiero y la muerte, por

consecuencia, de mi padre, habíase ido a Alsacia a visitar a unos parientes desconocidos. Transcurridos casi siete años, apareció de nuevo en Italia, vencido por la nostalgia del país en donde había nacido y crecido.

Volvía con un modesto haber, heredado de un primo, muerto célibe. En aquellos siete años, me había quedado sólo, sin mi madre y casi pobre. El abuelo Bauer fué a verme en cuanto llegó, y me ofreció vivir con él. Yo, por las buenas relaciones de que aún disfrutaba, había logrado un empleo de confianza que me obligaba a viajar constantemente; por eso no acepté su oferta. No obstante, no perdí de vista al buen viejecito: iba a verlo cada vez que volvía a Roma y él me acogía con la ternura de un padre.

Era para mí una verdadera delicia su trato. Al hablar con él, me parecía que hundía el alma en un baño de antigua cordialidad.

El abuelo Bauer había permanecido en un estado de virginal ignorancia de casi todas las cosas de la vida y había que ver con cuánto asombro su imaginación iba abriéndose poco a poco, a los conocimientos más sencillos, ahora que la vida se hallaba para él casi acabada. Pasaba horas y horas en la biblioteca, leyendo, estudiando, para darse cuenta de tantas y tantas cosas, que realmente, ya no debían importarle. Quedábase absorto de todo aquello que aprendía tan tarde; trasladaba lo aprendido al tiempo en que

hubiera podido servirle, y se hundía en largas y profundas meditaciones, imaginando el curso que hubiera podido tomar su vida, si aquella enseñanza hubiese llegado a tiempo.

Mas su mayor pasión eran las plantas. Una vez se mudó de una casa por no ver morir a un árbol que había crecido, nadie sabía cómo, en el centro del patio. Aquel pobre árbol—yo lo recuerdo—habíase ido elevando sobre su débil tallo ceniciento con evidente esfuerzo, con evidente dolor, casi angustiado en el anhelo de ver el sol y el aire libre, con el terror de no tener en sí tanta energía para sobrepasar los techos de las casas que le rodeaban. Mas ¡había llegado al fin!

¡Cómo brillaban felices las frondas de la copa y qué envidia no despertaban en las de abajo, sin aire y sin sol! Hasta en la muerte, al separarse de las ramas, en otoño, las hojas de arriba eran más dichosas: volaban a lo lejos con el viento, a lo alto, caían en los tejados, veían el cielo aún; mientras las pobres hojas bajas morían entre el fango de la calle, pisoteadas.

En todas las épocas, al atardecer, el árbol se poblaba de miriadas de pajarillos que parecían en él darse cita, desde todos los tejados de la ciudad. Las ramas palpitaban, entonces, más de alas que de hojas: parecía que cada hoja tuviera voz, que todo el árbol cantase trémulo.

Desde las ventanas de las casas los niños sonreían, aturdidos, al piar compacto, continuo, en-

sordecador. Abuelo Bauer se asomaba conmigo; sonreía con aire misterioso, de viejo mago, y me decía entornando los ojos:

—Espera...

Daba dos fuertes palmadas. Enseguida, como por encanto, el árbol callaba, exánime.

—¿Qué te parece?

Poco después el clamor se reanudaba: cada pájaro volvía a embriagarse con su propio vocerío y el de los otros, y el concierto iba haciéndose poco a poco más compacto, más ensordecedor que antes.

Pero ocurrió que el propietario de aquella casa, un buen día, pensó elevar las paredes del patio, para edificar otro piso. Y, entonces, el árbol, que con tanto trabajo había ganado la libertad del sol, del aire libre, dobló acobardado la copa, se encorvó sobre el tronco.

Abuelo Bauer, al verlo así, comenzó a obsesionarse, a sentir una pena que le cortaba la respiración.

—¡Mira, mira!—me decía, enseñándome los pajarillos que, desde los canales soltaban el vuelo y se sostenían, suspensos en el aire con las alas, piando, como para exhortar, desde más cerca, al árbol a que se enderezase.

Y tal vez los pájaros repetían también al viejo árbol las consabidas frases, los inútiles consejos, las vanas amonestaciones, que se suelen dar a los caídos, a los desolados: «¡Ten valor!» «¡No hay

que acobardarse!» «¡Recobra tus fuerzas!» «¡Levántate!»

Mas el viejo árbol no tenía ya fuerzas para la audacia. ¡Había luchado tanto para llegar hasta allí, a aquella altura! Más alto aún, no podía llegar. Mejor morir.

Al dejar aquella casa, abuelo Bauer habíase instalado en ésta del jardincito, que no le pertenecía. No iba, desde hacía tiempo, a la Biblioteca; habían comenzado para él los achaques de la vejez, pasados los setenta; no podía salir ya todos los días, y estábanse allí en la ventana, conversando con el jardinero y haciendo el amor—como él decía—a las rosas del jardín.

III

De tal manera se enamoró de aquellas rosas, y de las demás flores, que comenzó a consumirse por el deseo de tener también él un jardincito. Se le ocurrió una idea que me agradó muy poco, cuando me la expuso, aun cuando la fundase en un razonamiento lleno de buen sentido.

—A mi edad—me dijo—, hay que pensar también en la muerte, hijo mío. Y como quiera que no tengo bastantes ahorros para comprarme dos casas con dos jardines, me haré una sola, pero muy linda, con un jardincillo que valdrá por dos.

Este me servirá ahora para satisfacer el deseo que siento; aquélla me servirá para después... Y cuando este «después» haya llegado, tú te cuidarás del jardincillo del abuelo Bauer.

Así, adquirió un buen pedazo de tierra en el cementerio.

La casa, abajo, en lugar de arriba, y sin pretensión alguna. Una pequeña fosa, y basta. Porque los muertos tienen esto de bueno: que pueden prescindir de la comodidad del aire y del sol y de todas las cosas, una vez visto y considerado que están libres para siempre del fastidio de respirar y de moverse, y que su frío no se resuelve con la calefacción.

Pero, realmente, el abuelo Bauer, al pasarse los días enteros allí arriba, cuando se sentía bien, ocupado en dar vida al jardín en aquel pedazo de tierra suyo, parecía un muerto que había salido de su fosa para darse aún quehacer, para moverse, para gozar del aire y del sol, calladito y atareado, sin ningún recuerdo, sin ninguna curiosidad por la vida, sin notar siquiera el asombro de algunos visitantes del cementerio, que se detenían con la boca abierta, a lo lejos, para mirarle, inclinado sobre esta o aquella planta, con las tijeras, o el azadón, o la regadera; o bien sentado en la sillita de tijera que se llevaba colgada del brazo todas las mañanas, el sombrero de paja, el quitasol abierto en la espalda, inmóvil, con los ojos fijos en el vacío, absorto en algún pensamiento lejano,

que le dibujaba una leve sonrisa en los labios entre la barbita de plata.

A muchos les daba, casi, casi, la tentación de ir a sacudirle, a ordenarle que se volviese abajo, de donde había salido, que se ocultase, porque a un muerto no le es lícito, ¡caramba!, eso de desconcertar así a las gentes, enloquecerlas con todas aquellas tareas, en el jardín, o con su inmovilidad en la silla, con el quitasol abierto sobre el hombro.

A la noche, abuelo Bauer, al volver a su casa, hablaba con el jardinero, desde la ventana. ¡Había que oír las conversaciones! Había recibido de él semillas y tallos para trasplantarlas; y las flores— sostenía — brotaban mejor, bastante mejor que aquí, porque, en fin de cuentas, los muertos aún servían para algo.

Ahora, clavado desde hacía quince días en aquel butacón de cuero, del que no volvería a levantarse, no sentía más pena que la de no poder ir, ni siquiera en carruaje, a ver su querido jardincito «allá arriba». Y era para él un consuelo poder contemplar este otro, en cambio, desde la ventana, enderezando difícilmente la cintura y alargando el cuello cuanto podía. ¿Las rosas que aquí florecían, no eran acaso hermanas de las rosas que florecían allí? Menos bonitas, pero hermanas.

¿Y sabéis por qué aquel día hallé yo al abuelo Bauer tan indignado contra su criado? Porque no

había ido todas las mañanas a cuidar del jardincito del cementerio, como abuelo Bauer le había mandado. El jardinero, aquella mañana, al hacerle una visita, le había dado la mala noticia.

No hubo manera; tuve que despedir al criado; le despedí, en realidad, como he dicho, porque le consideraba infiel y desatento. El jardinero prometió que iría él a cuidar las plantas, las «hermanas», más bellas, y, con esto, abuelo Bauer se tranquilizó.

Y decidí (conociendo que la muerte no debería estar lejos) pedir la asistencia de dos hermanas de la Caridad para aquellos últimos días, y él no se opuso. Tenía conciencia de su estado, y no se apenaba nada por ello; había vivido mucho; había saboreado la tranquilidad; ahora sentíase fatigado; era tiempo ya de cerrar los ojos y de dormir para siempre allí en su fosita, bajo las rosas del otro jardín.

IV

Cada día, al ir a verle, me asaltaba ante la puerta la esperanza de que mi continuo desasosiego pudiera desvanecerse ante una repentina mejoría; mas la hermana menos joven, que acudía a abrirme la puerta, respondía siempre con un gesto de triste resignación a mi primera y anhelante pregunta.

Permanecía con él algunas horas; la conversación languidecía, no obstante, porque él, tras haberme acogido con una melancólica y muda sonrisa de gratitud, con frecuencia cerraba los ojos; y entonces yo, para no serle molesto, callaba, como las dos hermanas que le asistían.

Ni un ruido, ni una señal de vida llegaba hasta aquella linda casita apartada, donde el anciano aguardaba tranquilo la muerte. A veces, en el silencio, a través de los cristales, llegaba el piar de un pájaro; las hermanas y yo levantábamos los ojos hacia la ventana; el pájaro estaba allí, sobre la rama florida del almendro, y, sacudiendo a un lado y a otro la cabecita, miraba con curiosidad hacia la habitación, como si deseara preguntar: «¿Qué hacéis?» Después, de pronto, un estremecimiento de alas, y ¡adiós!, como si hubiese comprendido lo que en aquella habitación se estaba aguardando.

Un día, el abuelo Bauer me preguntó si había ido a ver su jardinito. Había ido, pero no quise decirselo.

—¿Por qué no me lo has dicho?—me dijo—Aquí o allá, ¿no, es ya lo mismo? Al contrario, mejor allá... ¿Has visto qué lindo es? Os traigo a todos preocupados, y yo tengo un deseo tan grande de dormir...

Le hablé entonces de sus plantas, todas floridas, exagerando, para darle gusto, mi admiración. Los ojos de abuelo Bauer se avivaban de alegría.

—Pronto iré... ¡Lástima que no pueda verlo...!

El espectáculo de aquel sér, aún del todo consciente, que con aquella tranquilidad habíase conciliado con la idea de la muerte, me proporcionaba una oculta e indefinible pesadumbre. Pero, a los pocos días, una cosa debía sorprenderme más aún.

Había enfermado, bastante gravemente, el hijo único de un íntimo amigo mío, hermosa y avispada criatura de casi siete años, que ya se acariciaba en el labio unos imaginarios bigotillos, y montado a caballo en una silla, con un sable de madera en la mano, un yelmo de cartón en la cabeza, a vencer beduinos marchaba a Africa.

Había ido a casa de mi amigo para tratar de negocios, hallándole a él y a su esposa dominados por un dolor angustioso, delirante, junto a la camita del enfermo adorado.

—Tifus... tifus...

Sin saber decir más, los padres ocultaban los rostros entre las manos, como para no ver al hijito devorado por la calentura.

Todavía desconcertado y conmovido fui aquella tarde, con bastante retraso, a ver al abuelo Bauer. Escuchó la triste noticia con que excusaba mi retraso, quiso saber cuántos años tenía el niño y si los médicos habían diagnosticado ya la enfermedad.

—¿Tifus?

Sacudió la cabeza, con las cejas contraídas,

luego cerró los ojos, y en la habitación volvió a reinar el habitual silencio.

—¿Cuántos días hace?—preguntó al cabo de mucho tiempo, sin abrir los ojos. Yo no podía suponer que pensara aún en el niño enfermo y como quiera que no entendía la pregunta:

—¿De qué?—le dije.

—Que el niño está enfermo—, explicó el abuelo Bauer, como si hablase entre sueños.

—Nueve días—le respondí—. Y con la misma intensidad de fiebre.

—¿Le dan baños fríos? Aunque sea uno cada dos horas, sin temor... Díselo a tu amigo...

Tras otro largo silencio quiso saber también el nombre del niño.

Al día siguiente llegué, con igual retraso, a ver al abuelo Bauer, e igualmente en los días sucesivos. Iba primero a saber noticias del niño, no porque me interesara más que mi querido viejecillo, sino porque el abuelo Bauer se interesaba más que yo aún por el enfermito, y lo primero que, cada día, al verme, me preguntaba:

—¿Cómo está? ¿Cómo está?

Habíase impresionado por la circunstancia de aquella criaturita que se moría a la par de él; y, mientras por sí mismo no se quejaba siquiera, por el niño se afligía tanto que parecía no hallar consuelo.

—Pero dime: ¿es que no han tenido consulta aún?

Y aconsejaba los médicos que deberían llamar. Hubiera querido salvarle a toda costa.

Pero, desgraciadamente, el niño estaba perdido. El día que dí al abuelo Bauer la triste noticia, se hallaba presente el jardinero del jardín de al lado, que había ido a referirle que el rosal que rodeaba el recinto había crecido tanto que la piedra sepulcral se encontraba casi cubierta.

—Señor Bauer, las rosas dicen: —¡Por aquí no entrará nadie!

Mas, el abuelo Bauer se hallaba peor aquel día. Miraba con ojos apagados; parecía no entender.

Al marcharse el jardinero, cayó en un letargo. Luego se estremeció con un suspiro y dijo:

—Si quisieran llevarlo allí...

Créf que deliraba y, para volverle a la razón, le pregunté:

—¿Dónde, abuelo Bauer?

—Allí...

Y alzó apenas la mano.

Comprendí y sentí una verdadera emoción. Quería decir a su jardincito, allá a arriba, en el cementerio. Quería el niño junto a sí en la fosita, bajo las rosas.

—Díselo... díselo... —repitió con insistencia, animándose un tanto y mirándome a los ojos:— ¿Se lo dirás?